

Horas de viaje

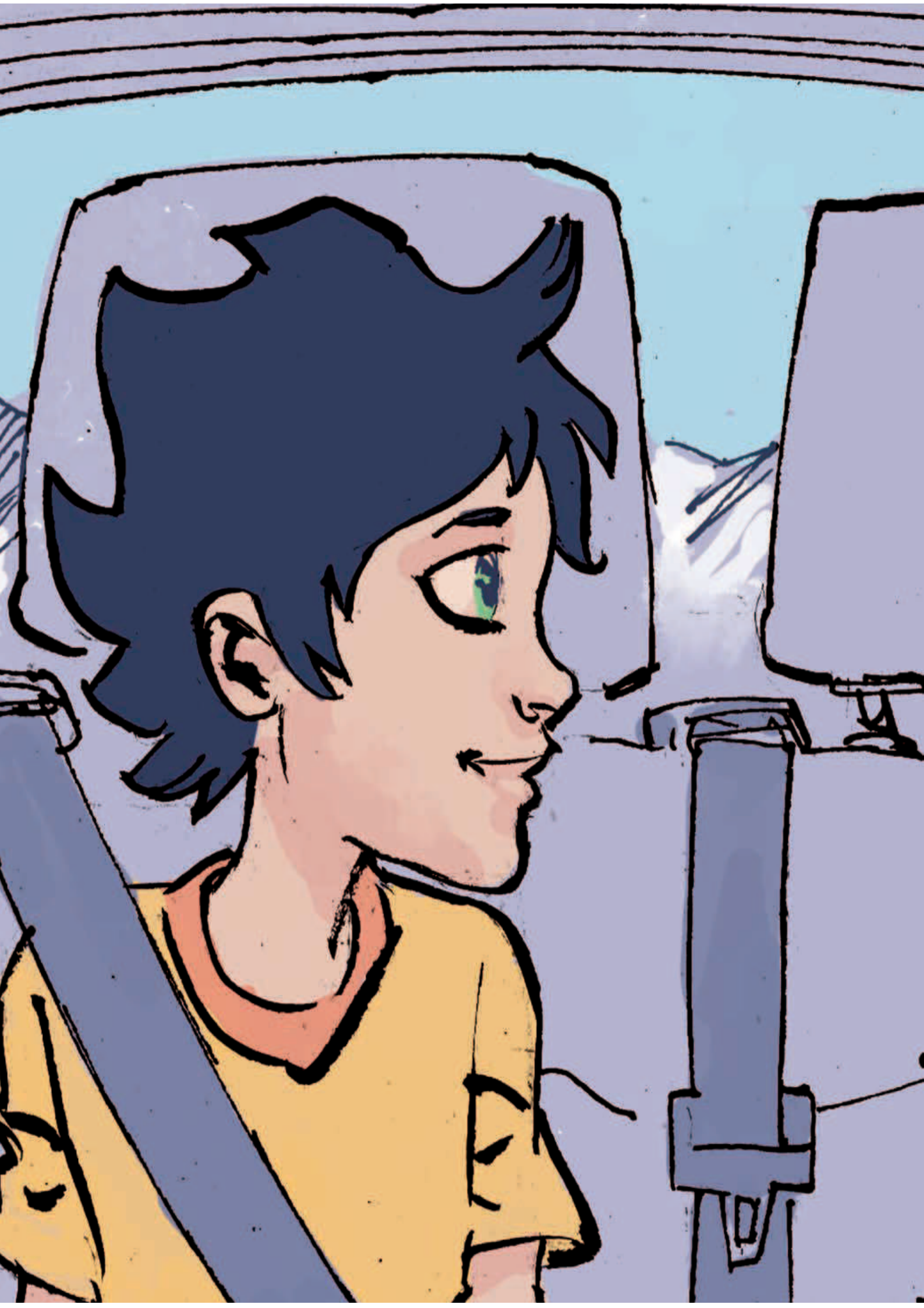
Laura Gómez Lama

Ilustraciones de Sergio Bleda

6-8 años



Fundación
MAPFRE



Las imágenes de este libro, incluida su portada, contienen divertidas sorpresas.
¿Querés saber cómo disfrutarlas?



DESCARGÁ BLIPPAR



ENFOCÁ LA IMAGEN



BLIPPÁ Y SORPRENDETE!

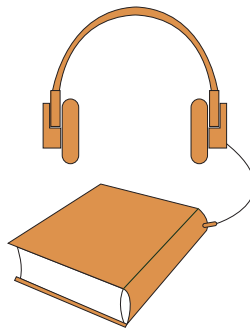
1. Esta aplicación
está disponible en:



2. Abrió la aplicación
y enfocá con la cámara
de tu dispositivo sobre
la imagen deseada.

3. Cada imagen tiene
una historia propia.
¡Descubríla!

Activá el audiolibro con este ícono:



Horas de viaje, 2015.

Programa de Prevención y Educación Vial en el Aula de 6 a 8 años.

El Programa de Prevención y Educación Vial en el Aula es una iniciativa del Área de Prevención y Seguridad Vial de FUNDACIÓN MAPFRE, dirigida a todos los niveles educativos de 3 a 16 años, para fomentar la prevención y las buenas prácticas viales en los centros docentes.

Dirección de proyecto: Área de Prevención y Seguridad Vial – FUNDACIÓN MAPFRE.

Coordinación: Territorio creativo.

Edición y diseño didáctico: La Llave. Gestión y producción cultural.

Diseño y maquetación: Rebeca López González y M. Isabel Martínez Jiménez.

Producción de audiovisuales: La Llave. Gestión y producción cultural.

Animación: Vicente Mallols.

© Del texto: Laura Gómez Lama.

© De las ilustraciones: Sergio Bleda.

© De la presente edición:

FUNDACIÓN MAPFRE

Área de Prevención y Seguridad Vial

Paseo de Recoletos, 23

28004. Madrid

www.fundacionmapfre.org

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista en la ley.

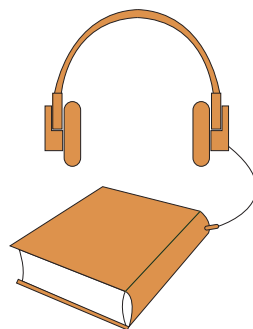
I.S.B.N.: 978-84-9844-546-6

Depósito legal: M-26430-2015

Horas de viaje

Laura Gómez Lama

Ilustraciones de
Sergio Bleda



Era la mañana del treinta de abril, día en que Vicky cumplía ocho años. Era genial celebrar el cumple en esa fecha porque siempre era día festivo al día siguiente, y ella organizaba cada año una fiesta de disfraces. A medida que avanzaba el otoño se hacía de noche más pronto y Vicky se sentía muy mayor al poder celebrar una fiesta “nocturna” en la que se le permitía usar maquillaje.

A Antonio, su primo pequeño —y el único que tenía—, no le gustaba tanto ese día, porque no le hacía ninguna gracia que su prima favorita —no tenía otra— cumpliera años, ya que tenía la sensación de que cada vez lo dejaba más y más atrás. No es que él no cumpliera años cada año; es que su prima cada vez tenía más. Por ejemplo, si ambos crecían, ella siempre medía más. Si ambos tenían la misma edad durante más de la mitad del año, a ella le tocaba ir un curso por delante. Si en la lista de natación coincidían por llevar el mismo primer apellido, Vicky tenía que llamarse Vargas Heredia mientras que él era Vargas Pérez, y entre ambos siempre había un Vargas Iglesias, Vargas López...



El caso es que, si bien era cierto que tan solo había medio año de diferencia entre los primos, el curso que los separaba hacía de brecha, ya que a ella siempre le llamaba la atención el curso superior y, por supuesto, nunca, bajo ningún concepto, miraba atrás. ¿O se dice abajo? Vamos, que los del curso de Antonio ni siquiera existían para ella.

Por eso, Antonio, que antes pedía a sus padres ir al mismo colegio que su prima, ahora se preguntaba si lo habría saludado en el recreo o habría hecho como si no lo viera por los pasillos, y la verdad es que no tenía ganas de comprobarlo.

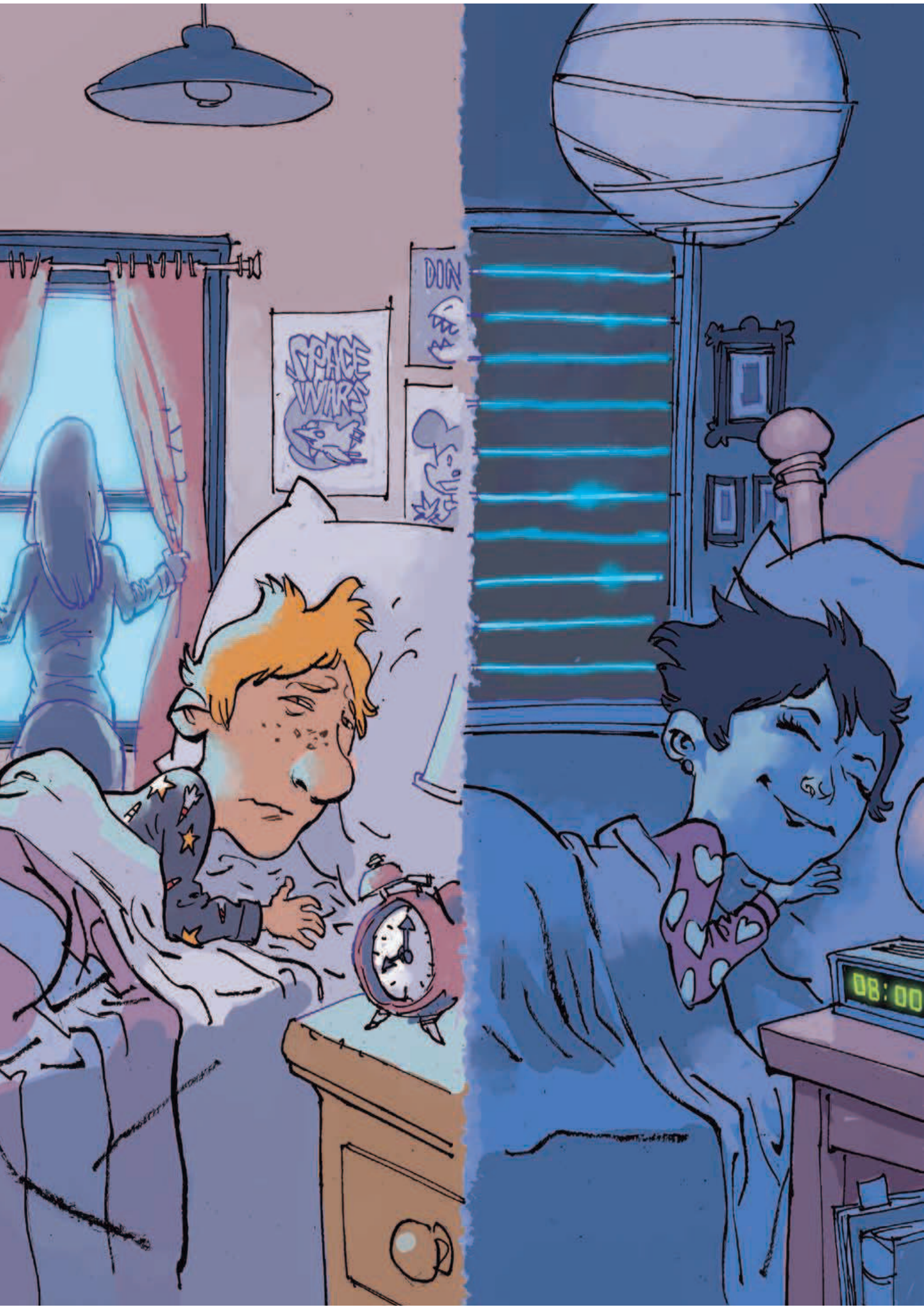
Habría sido decepcionante, porque antes, cuando Vicky no era tan estirada y presumida, ella y Antonio eran como hermanos o mejor. Y, cuando toda la familia veraneaba en casa de su abuela, Antonio no tenía la sensación de que Vicky lo dejara atrás. Sí de que iba por delante, pues siempre aprendía todo primero, pero luego se lo enseñaba a él y así estaban a la par. Y, aunque estar a la par resultaba más estresante para Antonio que para Vicky, los dos chicos la pasaban bárbaro haciendo cualquier cosa.

—Vicky, vamos a inspeccionar —le decía Antonio con la linternita azul en la mano.

—Dale —contestaba Vicky abriendo el cajón para sacar la linterna roja del juego que les había regalado su abuela.

Después bajaban al jardín, a meterse por los rincones más insospechados. “¡Cuanto más oscuro, más para inspeccionar!”, recordaba Antonio riendo. Pero, acto seguido, cambiaba la cara al acordarse de lo cursi y engreída que se había vuelto su prima. Porque, ¿no se pasó el último domingo presumiendo de lo genial que era ir en auto con su papá al colegio, sabiendo que él iba al suyo en colectivo!?

—A mí me encanta ir por las mañanas en el auto con mi padre. ¿A vos no? Ah, es verdad, que vos vas en colectivo. ¿A qué hora te levantás? Uf, con lo que me gusta remolonear y levantarme con el tiempo justo de vestirme y peinarme... El desayuno me lo tomo en el auto. Antes mi papá no me dejaba porque manchaba pero, al



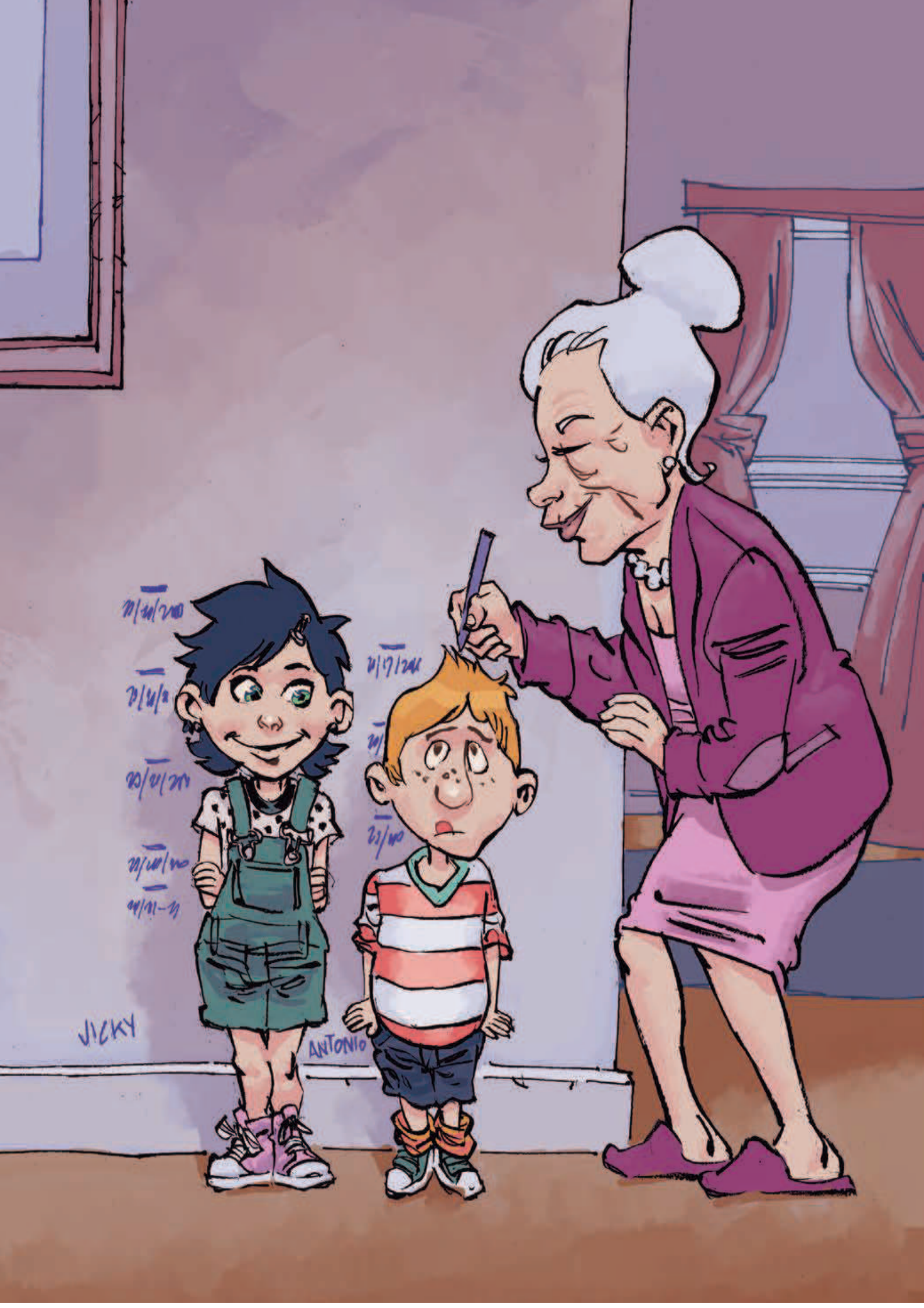
final, como soy tan dormilona, no le quedó más remedio... Además, tengo mucho cuidado para no manchar. Así que es genial ir en el auto desayunando y hablando con papá de todas las cosas importantes que tenemos pensado hacer cada día. Aunque, como hablo tanto, a veces me tiene que decir que pare porque tiene que concentrarse en la ruta. Otra cosa que me encanta es atender las llamadas porque, como va manejando, no puede atender al celular. Así que me convierto en su secretaria. Y lo debo de hacer muy bien, porque mamá le regaló un manos libres, pero él siempre dice que prefiere que yo me encargue y que cualquier llamada puede esperar a que estacione. Dice que lo más importante es nuestra seguridad y nunca arranca hasta que no tiene todo el mundo el cinturón puesto. ¡Es lo más! A mis amigas les cae genial. ¿Sabés que cuando viene a buscarme siempre me trae la merienda? Las demás se morían de envidia pero, como se lo dije, ahora casi siempre lleva golosinas en el auto para ellas y, claro, ¡lo adoran!

Antonio no sabía ni qué decir a toda la información que estaba recibiendo de golpe. Lo único en lo que podía pensar era en el hambre que pasaba desde que salía de clase hasta que llegaba a casa y en la suerte que tenía su prima, aunque solo fuese por las colaciones. Y es que al pobre Antonio solo con oír hablar de comida se le hacía agua la boca. ¡Mirá! Seguro que en el peso sí que iba adelante de su prima.

—¿Cuánto pesás? —preguntó a su prima.

—Eso es una grosería —dijo ella poniéndose seria.

—¿Por qué? Solo quería saber si yo pesaba más que vos.



11/12/10

11/12/10

11/12/10

11/12/10

11/12/10

11/12/10

11/12/10

11/12/10

JICKY

ANTONIO

—Espero que sí —dijo mirando a su primo de arriba abajo—. Mirá, Antonito —dijo dándose cuenta de lo hiriente de su tono—, esas cosas no se preguntan a las chicas igual que no se les va preguntando si tienen novio.

—¿Tenés?

—A ver si madurás —dijo levantándose de la silla y atravesando todo el pasillo con andares muy raros.

A Antonio toda esa conversación —la que había mantenido Vicky consigo misma— le había provocado otra duda sobre su prima: ¿seguiría usando el elevador del asciento del auto? Pero no se lo preguntó porque supuso que esas cosas tampoco se preguntan.

Pasó el tiempo y llegó el 8 de noviembre, día en el que Antonio cumplía ocho años. “Volvemos a encontrarnos”, pensaba desde la perspectiva de la torta. En efecto, puntual a su cita anual, llegaba el día —¿qué día? El súper día— en el que empezaban los seis meses, una semana y dos días en los que Vicky y Antonio tenían la misma edad. Además, últimamente Antonio había pegado un buen estirón y, aunque seguía comiendo como lima nueva, su cuerpo estaba cada vez más alto y delgado, por lo que le hubiera gustado preguntarle a su prima cuánto medía ella pero, como esas cosas no

se preguntan, aún no tenía la certeza de haberla alcanzado. “Hay que ver cómo cambian las cosas cuando te hacés mayor” —pensaba recordando cuando su abuela los colocaba contra una pared y hacía una marca para cada uno— “¡Y ahora es top secret!”.

Cuando el curso terminó, ya era oficial: seguía sin tener las cifras, pero los comentarios hablaban por sí mismos.

—¡Madre mía, Antonio! ¿Qué hacés últimamente para crecer tanto?—le preguntó Vicky un día en la pileta municipal.

—Lo de siempre: comer, dormir...

—Y comer otra vez, ¿no? ¡Qué apetito tenés!

—Bueno... Es solo que antes crecía a lo ancho y ahora a lo alto.

—Escuchame, ¿sabés algo de un campamento?

—¿El campamento de verano? ¿Qué pasa con él?

—Nada, que dice mi mamá que a lo mejor me mandan con vos en enero. Dice que a ver si ahí se me pasa la pavada. ¿De qué te reís?

—De nada. Es que, si te mandan al campamento, olvidate del brillo de uñas, las polleritas y el pelito suelto.

—Total, ahí no me conoce nadie...

—Entonces, ¿querés venir?

—¡Nada que ver!, prefiero embadurnarme de protector solar acá en la sombrita y darme un chapuzón en la pile. Recordame que, si voy, tengo que llevarme crema para no quemarme.

—Y una gorra y una cantimplora.

—Y repelente de mosquitos.

—Pero, ¿vas a venir?

—No... Es sólo una suposición...

Al fin llegó el día de inicio del campamento. El diez de enero a las ocho y media de la mañana Antonio estaba ya sentado en el micro. Como había llegado con tiempo, ya tenía su bolso guardado y había elegido el asiento que a él, experto en micros, más le gustaba: cuarta fila al lado de la ventanilla. Vicky, sin embargo, no había llegado aún. Faltaban diez minutos para que saliera el micro y la preceptora empezaba a mirar el reloj y murmurar: “Ya deberían estar todos”.

A las nueve en punto, hora en la que debían salir, llegaba por fin el último viajero: su prima. Llevaba una valija de Barbie, el pelo suelto y unos anteojos de sol que le impedían encontrar a su primo. Este tampoco hizo mucho esfuerzo para que lo encontrara, porque todo el colectivo había estado protestando por tener que esperar a una “nena tardona” media hora o más, porque casi todos estaban en sus asientos con treinta minutos de antelación, tal y como decía el folleto. Así que Antonio había ido escurriendo la cola por el asiento, porque sabía que ese retraso les traería consecuencias. ¡Eso sí que era empezar con el pie derecho!

—No te veía —dijo Vicky sin sacarse aún los lentes.

—Llegás tarde.

—Me dormí... ¡Lo lamento! —dijo contestando a los reproches generalizados—. Dale, sé bueno y dejame al lado de la ventana.

—Hubieras llegado antes.

—Porfi, porfi...

Y así hasta que consiguió que Antonio le cediera el asiento bajo la promesa de que cambiarían a mitad de camino. Entre tanto, el viaje resultó ser una pesadilla, ya que, como su prima no estaba acostumbrada a viajar en colectivo, no paraba de molestar, ya sea por ignorancia, o por egoísmo. Por ejemplo, ni bien llegó, Vicky tenía sueño y decidió correr las cortinas cuando los chicos todavía se estaban despidiendo, lo que desencadenó “la guerra de la cortinita”, en la que tuvo que mediar la preceptora. Después, necesitaba estirar los pies y, viendo que colocárselos encima a Antonio no era suficiente, decidió meterlos entre los huecos de los asientos de delante ¡descalzos! La pobre chica del asiento de adelante —una muy linda, por cierto, que se llamaba Sara— no sabía si reírse o largarse a llorar. Y no contenta con haberle metido los pies casi en la boca, Vicky empezó a clavárselos en el respaldo junto con las rodillas hasta que Sara no pudo más y llamó a la preceptora para que le enseñara a Vicky “a comportarse”.

La cosa no terminó ahí. Antonio no podía creer cuando se vio de nuevo en la misma situación del principio: hundido en el asiento y esperando a su prima para que el micro pudiera arrancar tras la parada de descanso. Después, tuvo que verla subir tan tranquila fingiendo que no se había dado cuenta de lo tarde que era, masticando chicle y con una bolsa de papas fritas.

—¿Querés? —dijo acercándosela a Antonio con una mano mientras pegaba el chicle en el marco de la ventana con la otra.

—¡Ay nena, es increíble lo mal educada que sos!

—¿Y qué querés que haga si no hay cenicero?



—Agarrás un papelito, lo envolvés y te lo guardás hasta que bajés.

Vicky miró a su alrededor y no vio ningún papel pero, cuando Antonio se sacó uno del bolsillo, decidió hacer lo que su primo le había “sugerido”.

—Y, por favor, tené más consideración con los demás o esto va a ser un infierno —advirtió el chico.

—¿Consideración?

—Sí. No estás en el auto de papá, así que cumplí las normas y no molestes a los demás.

—¿Qué normas?

—Bueno, la básica es quedarte bien sentadita en tu asiento con el cinturón abrochado. ¡Y ponete los zapatos que tenés olor en los pies!

—Sí, ponéte los —dijo Sara desde su asiento.

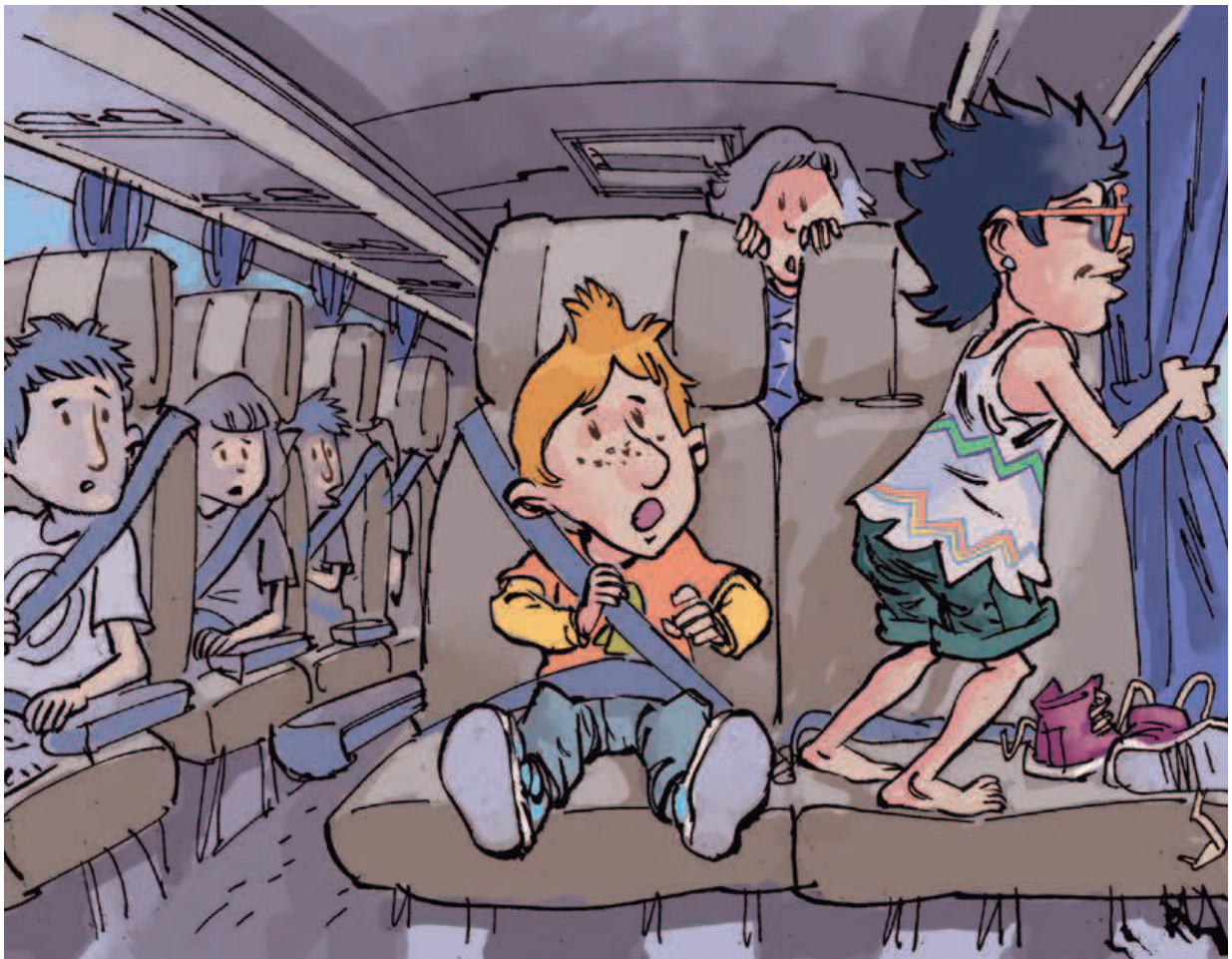
—Ya está. ¿Algo más? —dijo tirando al suelo la bolsa de papas ya vacía. Aunque, viendo la cara de su primo, la recogió y la guardó junto al chicle.

—Ahora que vas en el lado del pasillo, será mejor que no estires los pies en el asiento de enfrente ni dejes tu mochila tirada para que alguien se tropiece.

—Entendido. Y nada de molestar al conductor; esa me la sé.

—Sí; creo que es al único que no molestaste.

Al llegar al campamento todos los chicos se apelotonaron en el pasillo y Vicky se percató de que no era la única ‘salvaje’ del grupo.



Así que la preceptora les hizo volver a sus asientos y empezar a salir ordenadamente.

Una vez ahí, no pararon los problemas de Vicky con sus compañeros, sobre todo con las chicas con las que compartía habitación, quienes tenían que aguantar su pasta de dientes por toda la pileta o que dejara sus cosas por todas partes. Eso sin contar su falta de solidaridad con los demás, retrasando siempre las actividades por llegar tarde. Sin embargo, todos estos problemas básicos de con-

vivencia fueron corrigiéndose a medida que los demás se los iban reprochando, lo que a Antonio le daba cierta satisfacción, aunque también pena, porque veía que su prima no le caía bien a nadie y siempre estaba sola o con él.

—¿Por qué no querés hacer amigos? —preguntó Antonio sin saber muy bien si la pregunta era apta para chicas.

—No les caigo bien. Ya sé que no hago nada bien, pero lo intento.

—Lo sé. Pero es que...

—No me sale bien eso de hacer amigos. Con los de siempre es diferente, ya que no recuerdo haberme tenido que hacer su amiga. ¿Cómo lo hacés vos?

—Cuando tengo a alguien al lado, me pongo a hablar y, por lo general, contestan.

Vicky suspiró en la sombra mientras todos se bañaban. Habían ido en bici a pasar el día a un pantano cercano del campamento y, aunque la distancia era corta, todos iban bien equipados con sus cascos.

—¿Hoy fue puntual la princesa? —preguntó Sara mientras pasaba al lado de ella.





Empezó con el pie izquierdo y la pobre Vicky ya no sabía cómo solucionarlo. Le estaba dando vueltas a eso cuando, de pronto, todos empezaron a arremolinarse en torno a la preceptora, quien, por lo visto, se había hecho daño en un pie al ir a retar a unos chicos que se estaban tirando de unas piedras. Esperaron un buen rato, pero el tobillo cada vez se hinchaba más. Así que decidieron que alguien tendría que volver al campamento para pedir ayuda y Vicky vio su oportunidad de hacer algo por el grupo y cambiar la opinión que todos tenían de ella.

—Yo voy —dijo en voz alta.

—Y yo con vos —dijo de pronto Sara—. No me fío de vos, princesita.

Había dos chalecos reflectivos en el maletín de primeros auxilios de la preceptora, así que ambas se los pusieron, porque en breve empezaría a oscurecer. Vicky se percató de eso y comprobó que ambas bicis tenían la luz blanca delante y roja detrás, como un reflector.

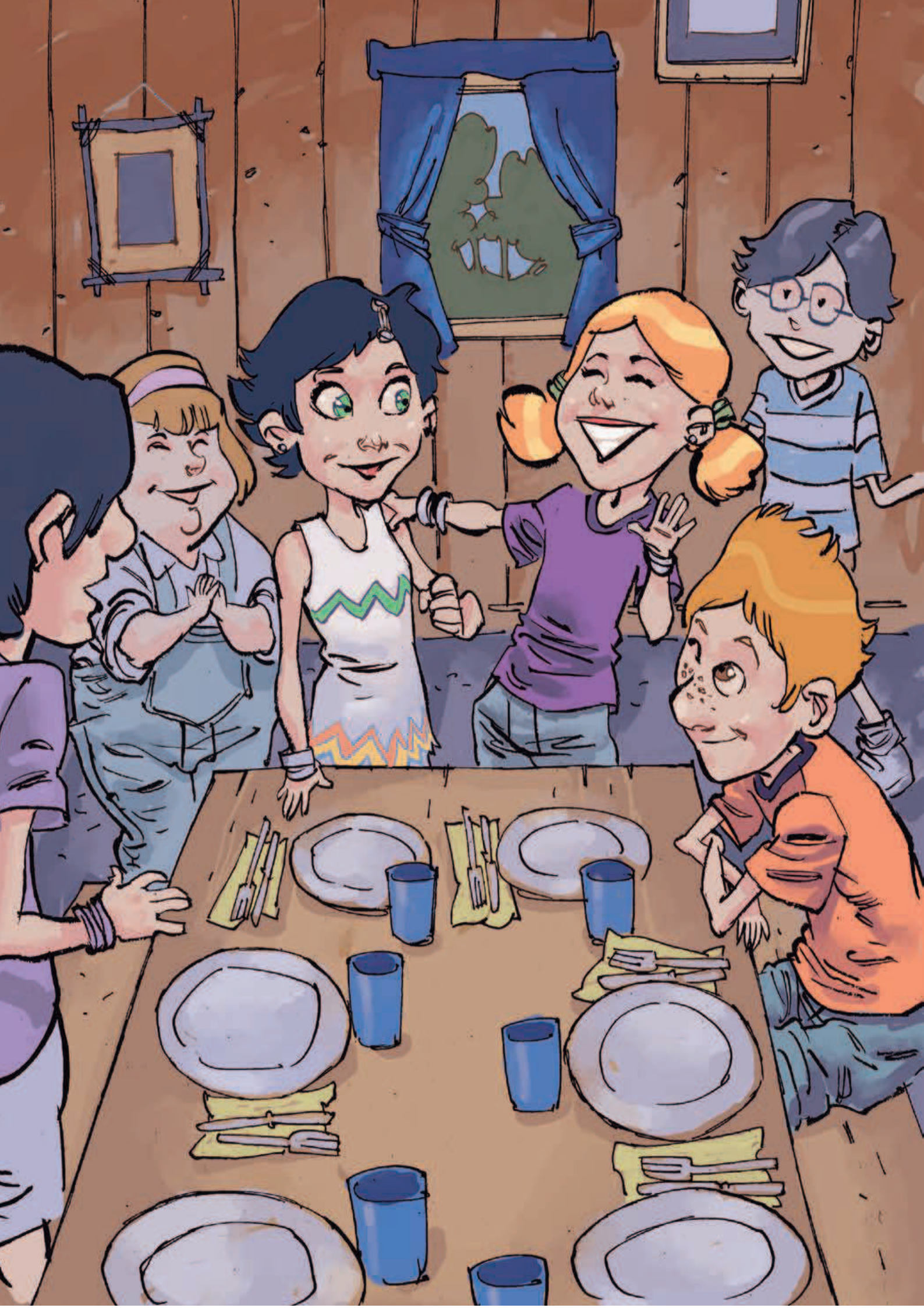
Cuando llegaron al sendero, Vicky le dijo a Sara que era mejor olvidarse de él porque, aunque era el camino más corto, se había fijado en la cantidad de desvíos que había y, si se hacía de noche, era más fácil perderse. A Sara le pareció sensato e intentaron volver por la ruta. Sin embargo, una vez en ella, a Sara le dio pánico, porque empezaba a oscurecer y no paraba de decir que las iba a chocar un auto.

—No te preocupes. Puede que no sepa comportarme en un micro, pero sé cómo deben circular las bicis. Si lo hacemos correctamente, no nos pasará nada. Además, vamos a volver por la senda para bicicletas y por ahí no circulan ni autos ni camiones.

A Sara no le inspiraba mucha confianza su “no amiga”, pero tenía miedo y Vicky parecía tan segura que decidió dejarse llevar.

—A ver... Vamos a ir con mucho cuidado: debemos circular por la derecha y pegadas al borde del camino. Yo voy primero y vos detrás de mí en fila.

Las chicas se pusieron en marcha. Pedaleando despacio a pesar de la prisa, porque la oscuridad podía jugarles una mala pasada.



—¿Por qué te parás? —preguntó Sara al llegar a un cruce.

—Hay que hacerlo por precaución. Además, viene otro ciclista y tiene preferencia.

—¿Qué hacés? —volvió a preguntar Sara al ver a Vicky extender el brazo horizontalmente a la altura del hombro.

—Te indico que reinicio la marcha. ¿No conocés las señales? Mirás, te asegurás de que podés hacerlo sin peligro, hacés la señal y te incorporás. Ahora vos. Cuando lleguemos a la entrada al campamento, que está a la derecha, te lo voy a indicar con el brazo izquierdo doblado hacia arriba en ángulo recto y con la mano abierta. ¿Ves? —dijo mientras lo hacía—. Y giro.

—¿Y si hubiese estado a la izquierda?

—Entonces se indica con el mismo brazo pero extendido a la altura del hombro y la mano abierta.

—¿Cómo es que sabés tanto de esto?

—Cuando voy con mi papá en el auto y nos aburrimos, repasamos todas las normas de circulación y las señales. Mi papá dice que así él se siente más seguro y que me será muy útil.

—Pues sí que lo fue. Nos trajiste hasta acá —dijo Sara bajándose de la bici—. Perdoná. La verdad es que no tenía mucha fe en vos.

—Lo importante es que al final sí que confiaste. Dale, vamos a avisar.

Habían cumplido su misión a la perfección. Al llegar, muertos de hambre, todos los chicos bajaron del micro y se apresuraron al comedor, donde ya se encontraban sus compañeras.

Empezaron a sentarse alrededor de ellas, dándoles las gracias y preguntándoles por su hazaña: si habían tenido miedo, si no se habían perdido... Sara les habló a todos de cómo Vicky había mantenido la calma y habían conseguido llegar hasta el campamento sanas y salvas. Mientras la escuchaba, Antonio le guiñó un ojo a su prima, dándole a entender que, por fin, empezaba lo bueno. Y así fue...

Aquella noche Vicky se dio cuenta de que el juego de su papá sobre las normas de circulación era la manera que él tenía de enseñarle a ser una persona que sabe lo que tiene que hacer y lo hace. Y aunque por entonces era impensable, al terminar el campamento sintió tristeza por dejar de ver a los amigos que había hecho, porque sabía que, por mucho que se intercambiaran teléfonos y correos, seguramente no volvería a verlos. Solo Sara permaneció en contacto con ambos primos, convirtiéndose en una gran amiga, que algún que otro fin de semana se quedó a dormir en su casa y viceversa. Más adelante, cuando tuvieron edad para salir, la diferencia de cursos entre los primos se hizo invisible, porque los tres formaban parte del mismo grupo.

Además de su amistad con Sara, ese verano fue importante por muchos motivos. Vicky aprendió muchísimo sobre la convivencia y la solidaridad entre compañeros. Hacer nuevos amigos era mucho más fácil de lo que ella se imaginaba, aunque debía poner algo de su parte, claro: un poquito de simpatía por acá, otro poquito de colaboración por allá y, sobre todo, superar la vergüenza del principio. A su primo Antonio no le costaba tanto porque no sen-

tía esa barrera o miedo a abrir la boca. Y es que ambos eran muy diferentes, sí, pero lo más importante es que se complementaban bien y que, aunque a veces se distanciaron, siempre podían contar el uno con el otro.

FIN





Laura Gómez Lama, nacida en Madrid, ha centrado su carrera como redactora en el mundo de la educación. Ha trabajado en prensa, aunque sus pinitos universitarios en Periodismo los hizo hablando de los clásicos del cine en la radio. La magia de los medios y del poder que la palabra ejerce sobre la imaginación no solo consiguen inspirarla, sino que la hipnotizan hasta dejarla “colgando de otros mundos”.

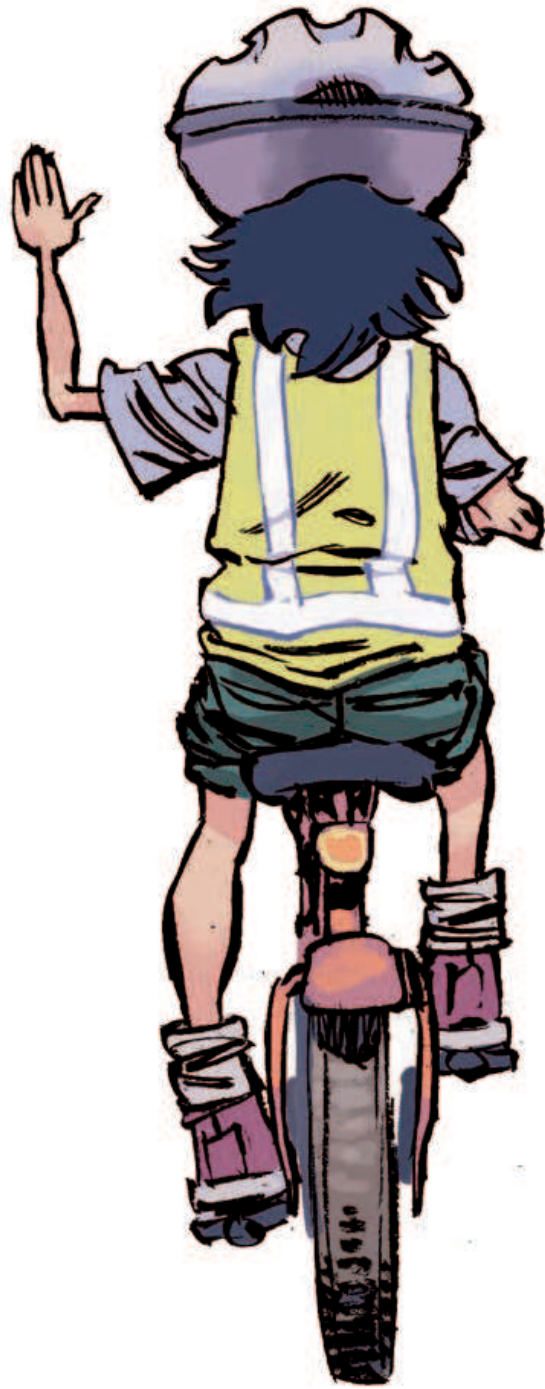
Le interesa la literatura infantil y juvenil, viéndola como “un aliado en la transmisión del saber y la experiencia de los adultos, quienes abandonan, por un momento, su trinchera para dejar de impartir lecciones y sentarse a charlar en igualdad, diciendo a los chavales: esto es lo que yo sé, el resto es cosa tuya”.

Actualmente coordina la revista Escuela Infantil.

Sergio Bleda, nacido en Albacete, es historietista e ilustrador profesional desde hace veinte años. Sus obras se han editado en varios países de Europa y en Estados Unidos.

Comienza su labor como dibujante y guionista en el año 1991. Su salto a la popularidad llegaría con “El Baile del Vampiro”, serie publicada por Planeta DeAgostini dentro de su línea Laberinto, por la que fue nominado al Premio Autor Revelación del Salón internacional del comic de Barcelona en el año 1998. Esta serie y la trilogía “La Conjura de Cada Miércoles” han sido recientemente reeditados en Estados Unidos por la editorial americana Dark Horse.

Actualmente reside en Valencia y continúa desarrollando su carrera profesional como historietista e ilustrador en el mercado nacional e internacional.



Sigue aprendiendo
con nosotros.
¡Descúbrelo aquí!



www.fundacionmapfre.org